
SERIE CRONOLÓGICA DE LOS OBISPOS DE QUITO,

DESDE SU ERECCION EN OBISPADO Y ALGUNOS SUCESOS NOTABLES EN
ESTA CIUDAD. AÑO DE 1845 Y SIGUIENTES

(Continuación. — V. el n.º 70, pág. 378)

OBISPO VIGÉSIMO SÉPTIMO

El Ilmo. Sr. Dr. Nicolás Joaquín de Arteta y Calisto, natural de Quito; fué Cura de la parroquia de Amaguaña, Vicerrector del Seminario de San Luis, Doctor en ambos derechos, Canónigo y Deán en este Venerable Cabildo, y propuesto para Obispo de Quito por el Congreso de 832; fué preconizado el 29 de setiembre de 833; recibió sus bulas el de 834. El Congreso ó Convención de aquel año se negó á darle el pase respectivo, suponiéndolo adicto al General Flores en razón del parentesco con su mujer. Reunida la Convención de 835 en Ambato, á consecuencia del triunfo de Miñarica, obtuvo el pase, se posesionó de su Obispado é inmediatamente marchó á Consagrarse en Popayán, lo que se verificó el 25 de marzo de 835. Este Sr. ha gobernado su Diócesis con mucho tino, hizo una visita general y dos concursos; posee la virtud de la humildad y caridad, particularmente con los individuos de su familia que es larga, y para poderlo hacer sin gravamen de conciencia, pidió permiso á Su Santidad.

Sus bien acreditadas luces le han conducido al acierto en las disensiones y variaciones que en su tiempo han ocurrido con frecuencia en la República; nunca ha tomado parte en ellas, ni ha prostituido la dignidad episcopal mezclándose en los asuntos políticos; contraído siempre al cumplimiento de sus deberes con dulzura, benignidad y desprendimiento. No hablo en este lugar de su falleci-

miento, porque en 1845 que escribe estos apuntamientos vive aún y Dios lo conserve por muchos años. Volveremos á los acontecimientos que cortamos.

En seguida el General Flores convocó una Convención que se reunió en Ambato, que dió una regular Constitución y eligió de Presidente al Sr. Rocafuerte. La administración de este Señor, aunque siempre bajo la influencia del General Flores, fué bastante buena: crió el Colegio Militar, abolió el insignificante instituto del Beaterio y fundó en él una casa de educandas con buenos maestros; promovió la explotación de minas y procuró el adelantamiento y el ornato de la ciudad. Sobre todo, lo que había hecho memorable su administración, habría sido la apertura del camino del puerto de San Lorenzo ó Pailón, tan útil y necesario para los pueblos del interior, en que se empeñó durante su presidencia, y que él mismo hizo sucumbir cuando pasó de Gobernador de Guayaquil, por complacer con los guayaquileños, que siempre quieren que esa ciudad sea el único puerto del Ecuador, para monopolizar el comercio y hacerlo exclusivo en su favor.

Disuelta la Convención, en su celebridad prepararon en Riobamba corrida de toros y otros regocijos públicos; había ido á este lugar á residir el General Otamendi, en clase de Comandante de armas. Concluida la corrida del primer día, por la noche se preparó un baile en casa del Gobernador, que lo era el Coronel Nicolás Vázcones, á que fué convidado Otamendi con su Señora, que fué un poco tarde; y porque había empezado el baile antes que él fuera, supuso que habían desairado á su mujer y probocó á una riña, faltando á tan respetable concurrencia, pues á más de haber muchísimas Señoras, estaba también el Vicepresidente de la República, que lo era el Sr. Juan Bernardo de León. La cosa parecía terminaría luego, con una satisfacción que se le dió y con las demostraciones de amistad con que todos procuraron calmarle; pero Otamendi salió enfurecido de la casa amenazando á todos; regresó muy pronto trayendo seis soldados armados, á quienes dió orden que mataran indistintamente; una confusión fué aquella casa: unos corrían, otros se encerraban, otros se metían bajo los sofás y mesas, y las Señoras formaron un grupo en la alcoba de la pieza. El Dr. Quirola, Juez de Letras de hacienda, y D.

Juan Orejuela salieron á un jardín, en donde fueron acometidos por los soldados; mataron á Quirola, y Orejuela escapó porque recibió los lanzasos en la capa y cayó en un agujero que había en el jardín y lo dejaron por muerto. Estaba allí el joven Daniel Salvador, hijo del sabio Dr. Salvador, en una pieza arreglando la mesa de refresco, y cuando Otamendi salió ofreciendo volver, pidió al Sr. Ambrosio Dávalos una pistola, de dos que este Señor había mandado traer de su casa, para defenderse en caso necesario. Otamendi iba recorriendo las piezas y dió con Salvador; éste lo recibió con un tiro, pero desgraciadamente le erró y echó á correr por una puerta interior; en el patio los soldados lo acometieron á lanzasos; él procuró defenderse haciéndose de las lanzas, pero no pudo evitar todos los tiros, cinco heridas sacó, ninguna de peligro. Salió Otamendi jurando vengar el agravio, y á pesar de que no tenía más que seis ú ocho hombres á su disposición en clase de ordenanzas, infundió tal terror que se vieron en la necesidad de reunir armas, convocar gentes y hacer una casa fuerte en la del Vicepresidente, hasta que el Gobierno, sabedor de este acontecimiento, mandó una escolta á aprehenderlo, con lo que se interrumpieron y acabaron las aciagas fiestas de Riobamba. (10)

En el año de 836, el Sr. Rocafuerte mandó construir en el mismo sitio designado por los sábios Académicos franceses, las pirámides de Caraburo y Oyambaro, que manifiestan la línea solar del Ecuador.

En 837, por decreto del Congreso y aquiescencia del Santo Padre, se erigió el Obispado de Guayaquil, siendo su primer Obispo el Sr. Garacoa, natural de esa ciudad.

En 838 sucedió, que hallándose estacionado un batallón en la ciudad de Riobamba, á las órdenes del Comandante Manuel Martínez de Aparicio, por ausencia de su Coronel Antonio Padrón, se sublevó contra el Gobierno y marchó inmediatamente sobre la capital. En Ambato pusieron en capilla á los Curas de ese lugar y de Píllaro, exigiéndoles dinero de orden del Coronel Alejandro Machuca que estaba retirado y se puso á la cabeza de aquella expedición. El Sr. Rocafuerte, que no tenía más tropa que un escuadrón, reunió un pequeño cuerpo de infantería, compuesto de jefes y oficiales retirados, de algunos inválidos y paisanos que se quisieron prestar, y mandó al General Daste y Coronel Martínez que les sa-

lieran al encuentro. En un sitio llamado Gualilagua, que está saliendo la montaña del Tambillo, se avistaron improvisamente; á pocos esfuerzos voltearon caras los sublevados, en quienes se cebó el furor de los soldados de caballería que vieron á su General herido, con lo que quedó evaporada la revolución y desaparecido aquel cuerpo; Machuca tomó por un páramo, en donde los indios por robarle lo mataron á palos estando dormido.

Triunfante el Sr. Rocafuerte, dispuso la prisión y destierro á Pasto de los Sres. Valdivieso, Román, Gortaire y otros, sólo por la presunción de que podían estar complicados en aquella revolución, más claro, porque desde que fué el Sr. Valdivieso electo en Quito Jefe Supremo, concibió contra él y sus partidarios un odio implacable, lo mismo que contra todos los que pertenecieron á la sociedad del Quiteño Libre, que fueron los que le sacaron á la luz pública, eligiéndolo Diputado al Congreso de 833. Procedió con tanta arbitrariedad, que no siquiera se inició la causa contra estos Señores; les hizo aprehender y montar, sin más intervalo que de tres horas, y después les impuso una gruesa contribución, que se hizo efectiva rigurosamente. Varios jefes, oficiales y soldados de la derrota de Gualilagua emigraron á Pasto, y llenos del deseo de volver á su patria, hicieron esfuerzos para reunir alguna gente con que poder invadir al Gobierno; entre estos el Comandante Facundo Maldonado tuvo la temeridad de salir con unos pocos hombres hasta la provincia, en donde fué derrotado y prisionero; lo trajeron á Quito, y el Sr. Rocafuerte, sin seguirle la causa prevenida por la ley y sin dar oídos á los empeños y clamores de todo el vecindario, lo hizo fusilar. Estos actos de despotismo han dado lugar á que siempre repugne el pueblo quiteño la reelección de este Sr. para Presidente, á pesar de que como dije antes, á su administración se deben muchos bienes.

En 1839, reunido el Congreso ordinario y concluido el período del Sr. Rocafuerte, fué electo por tercera vez Presidente de la República el General Flores, quien se propuso en este período amalgamar los partidos, y atraer á sus enemigos por medio de la congratulación y de colocarlos en algunos empleos; así consiguió que hasta 843 no hubiese novedad, y que todas las cosas marchasen regularmente.

En 840, á 8 de octubre á las nueve de la noche, hubo un fuerte y muy largo temblor de tierra, que causó bastantes males; tuvo su origen en la reventazón de una isla de Esmeraldas que había sido volcán oculto; en este puerto salió el mar de madre, cubrió de agua toda la playa, dejando en élla toda clase de mariscos, en tanta abundancia que podridos con el calor del sol exhalaba á mucha distancia una fetidez insoportable. (7)

En 24 del mismo mes y año hubo otra reventazón de un pequeño volcán que se halla tras el nevado Tungurahua, á las cabeceras de Canelos; el movimiento de los repetidos temblores causó un terremoto en los pueblos de Pelileo y Baños, y aún la población de Ambato sufrió bastante. Los temblores duraron por muchos días, de modo que los vecinos de Riobamba, Ambato y demás pueblos circunvecinos, se vieron en la necesidad de hacer casas provisionales de sólo madera ó de toldas, para residir en ellas todo aquel tiempo.

En 1741 se reunió el Congreso ordinario, que era el facultado por la Constitución para hacer las reformas que la experiencia hubiese hecho necesarias; empezó como es natural por la calificación de sus individuos; resultó la nulidad de las elecciones de Cuenca, sin cuyos representantes no podía haber Congreso, en razón de que faltaba el número señalado por la Constitución, y como ella mismo no daba un remedio en casos de esta naturaleza, de hecho quedó disuelto el Congreso de aquel año. Se agitaron cuestiones sobre el particular y los mejores políticos no pudieron encontrar remedio que no trajese inconvenientes; á que se agregó que muchos exaltados apuraban las dificultades con el deseo de que se disolviera el Congreso por sus fines particulares; es decir, para hallar medios ó pretextos para volcar aquella administración que les desagradaba, como desagrada todo Gobierno que no tiene la virtud de contentar á todos los aspirantes. En suma, no hubo Congreso aquel año.

A fines de éste se supo que Pasto se había sublevado contra el Gobierno de la Nueva Granada á que pertenece, y que el General Obando perseguido por la muerte del General Sucre, acaudillaba esa revolución. El Ecuador debió conservar la neutralidad que le convenía, pero el General Flores, por dar pábulo á su genio belicoso, se propuso auxiliar á aquel Gobierno y marchó con

un cuerpo respetable, que unido á las tropas que vinieron de Popayán contuvo los progresos de aquel sacudimiento. Regresó dejando una pequeña guarnición en la provincia; más Obando se volvió á rehacer en Patía, sublevó nuevamente Pasto, tomó Popayán y reunió un cuerpo con que se puso en marcha contra la Nueva Granada; aquel Gobierno que no siquiera había manifestado la menor gratitud por los buenos oficios del Ecuador, tuvo que implorar nuevos auxilios. El General Flores los dió con más liberalidad, y aun marchó personalmente á Pasto, á cuya ocupación se debió que Obando sufriese un descalabro en la Chanca á las inmediaciones de Cali, y que no pudiese rehacerse en Pasto á donde replegó, por estar ya ocupado por el General Flores; á pesar de esto fué necesario mucho tiempo para que unidos los Generales Mosquera, Herrán y Flores con las fuerzas de ambas Repúblicas, pudiesen desvanecer aquel nublado y someter Pasto á las autoridades granadinas. Flores se retiró con su tropa á Quito, creyendo había hecho un eminente servicio á la Nueva Granada, y cuando el Ecuador pasó la cuenta de los gastos invertidos en aquel auxilio, los granadinos, émulos, antagonistas y aborrecedores eternos de los ecuatorianos, por no pagar un crédito tan justo y recomendable, salieron haciendo cargos al Ecuador por las gallinas, huevos, puercos y carneros, que decían habían robado los soldados quiteños; querían descontar hasta el flete de los bagajes que habían ocupado nuestras tropas en las correrías que tenían que hacer en el servicio; no es esto sólo: un Sr. Cuervo que estuvo de Plenipotenciario de aquel Gobierno, y que mientras estuvo en Quito, manifestó la más grande gratitud por el Gobierno ecuatoriano, y que recibió de este vecindario las mejores pruebas de estimación y aprecio, luego que regresó á la Nueva Granada se convirtió en el más tenaz é implacable enemigo del Ecuador. Se dijo entonces y aún después que este Señor, testigo de los sacrificios hechos en obsequio de su Gobierno, había influído poderosamente en que no se reconociese una deuda tan sagrada.

En 1843, después de haber consultado el General Flores con las personas más respetables é influyentes de la República, particularmente con las de Guayaquil, y no encontrando otro remedio para que pudiera reunirse el Cuerpo Legislativo, resolvió con dictamen del Consejo de

Estado, de la Corte Suprema de Justicia y de los letrados de más luces y probidad, la reunión de una Convención, para lo que dió el correspondiente decreto de convocatoria.

Se creía por las personas más sensatas, que por este medio podría la República constituirse de un modo sólido, estable y conveniente; pero desgraciadamente la ambición desplegó en esta ocasión más que nunca su desenfrenada audacia. El General Flores influyó para que en la nueva Constitución se borrara el artículo que prohibía la reelección de Presidente, é hizo que el período presidencial se prolongase á ocho años, y se hizo reelegir él, con aumento de facultades, jurisdicción y atribuciones.

La Convención se componía de sus agentes, adictos y cómplices; variaron el artículo sobre religión, dejando un motivo de desconfianza en los verdaderos católicos; resolvieron el juramento individual; decretaron la exclusión del clero á la Representación Nacional; ratificaron la ley de usuras; dieron una monstruosa ley de hacienda; impusieron una contribución personal; rebajaron los derechos parroquiales y sancionaron en fin el disgusto general, sembrando así en la República el germen de la discordia, cuya cosecha abundante produjo infinitos desastres y desgracias. Tanto elementos reunidos causaron una fermentación que muy pronto se dejó sentir. Los verdaderos patriotas, cuyos sentimientos republicanos eran de buena fe, veían con horror derogado el artículo que prohibía la reelección de Presidente y la prolongación del período. Los eclesiásticos que no quisieron jurar la Constitución, la presentaban como un vehículo de herejía; los Curas declamaban contra ella é influían en los pueblos por no sufrir la disminución de los derechos parroquiales. Los ciudadanos todos repugnaban la contribución personal, porque no podían soportar un tributo á que no estaban acostumbrados. Los aspirantes, en fin, trabajaban incesantemente aprovechando de tan bella ocasión para trastornar la administración del General Flores, que se había hecho odiosa por los motivos ya expresados, y porque en un gobierno republicano no puede verse con indiferencia que un individuo quiera mandar eternamente. Los pueblos son naturalmente veleidosos y gustan de la variación, porque creen con ella mejorar.

A principios de este año de 843 asomó en Quito un aeronauta, ó diré mejor un bárbaro, que por ganar dinero se atrevía á elevarse por los aires arrebatado por un globo de sólo género de algodón, que impelido por el gas que se le comunicaba, y sin otro preparativo ni precaución á merced de los vientos se elevaba, hasta perderse de vista, á pesar de su gran tamaño. Tres veces dió á Quito un espectáculo que resentía la humanidad: la primera salió del convento de San Agustín, y atravesando la ciudad á una altura moderada, fué á caer en el Hospicio; la segunda salió de la plaza, y por falta de gas apenas descendió en el patio del monasterio de la Concepción, de modo que hubo muy poco que ver; pero la tercera aunque aterrante fué muy hermosa: salió como en la primera del patio de San Agustín, que eligió por el abrigo que proporciona los altos edificios, y se elevó casi perpendicularmente á tanta altura que se perdió de vista; al descender perdió la dirección que había llevado al salir y fué á caer cerca de la parroquia de la Magdalena, desde donde fué conducido á la plaza, lleno de aplausos por la mucha gente que fué á encontrarlo.

Empezó la discordia por los pueblos: Cayambe fué el primero en hacer su asonada y mató alevosamente al Coronel Klinger, rico propietario, por sólo que se le suponía adhesión al Gobierno. Pasaron los amotinados á Otavalo, en donde se reunió la gente en considerable número, y á pesar de que no tenían armas, apoyo ni quien los dirija, tuvieron el arrojo de presentar acción contra un escuadrón de caballería que fué contra ellos; el resultado fué funesto porque murieron muchos.

En Riobamba se levantaron los pueblos de Chambo, Licto y Pungalá, á los que se incorporaron las gentes de las demás parroquias, formando así un cuerpo respetable que obligó al Gobierno á fijar su atención en él, y que mandara suficiente número de tropas á las órdenes del General Daste, á cuya prudencia se debió el que se ahorrara mucha sangre que pudo haberse derramado en aquella ocasión. El General Flores inmediatamente dió un decreto suspendiendo la ley que imponía la contribución personal, y esto aquietó el exasperado ánimo de los habitantes; pero no faltaron algunos que, bajo el pretexto de no dar crédito á la suspensión decretada, formaron nuevas partidas. En Píllaro se reunió una, compuesta de los

vecinos inquietos de Pelileo, Baños y Latacunga, y atacó á un cuerpo que había mandado el Gobierno. A pesar de que habían reunido bastantes fusiles, la falta de disciplina los hizo sucumbir, después de un combate reñido, en el que perecieron algunos.

En San Andrés, inmediato á Bolívar, se levantó el pueblo por la imprudencia del Teniente que hizo publicar un decreto ya caducado, que se mandó suspender en aquellos días de exaltación. Una compañía de caballería, que fué á contener aquel tumulto, cometió los mayores excesos, matando hasta mujeres. Posteriormente en Patate resultó otro bochínche, en el que mataron al Coronel Ramón Aguirre. En fin, para que se tranquilizaran los pueblos, tuvo el Gobierno que tomar activas medidas de sagacidad, prudencia y tino, siempre con los ofrecimientos y protestas de que no se cobraría jamás la contribución que los había exasperado.

Entre tanto en la capital se ventilaba con mucho calor la cuestión sobre el juramento individual y acerca del artículo relativo á la religión. La divergencia de opiniones y los distintos pareceres en asuntos tan importantes, iban creando elementos para una revolución general.

Los enemigos del Gobierno no desperdiciaron la ocasión, empezaron á minar activamente. Entre ellos el Sr. Roberto Ascásubi fué descubierto en el robo de unos fusiles que el Gobierno mandaba al Napo, y fué desterrado él, un abogado Montalvo y otros.

El Sr. Rocafuerte con anticipación tuvo que pasar al Perú por sus opiniones políticas; en suma, toda la República estaba conmovida, hasta que el 6 de marzo de 845 estalló una gran revolución en Guayaquil, á cuya cabeza se hallaron los Sres. Roca, Olmedo y Noboa, quienes formaron un Gobierno Provisional. El General Flores marchó inmediatamente con algunas tropas, á reunirse en Babahoyo con las que había colectado el General Otamendi; pero habiendo recibido en Latacunga una patada casual de un caballo en la pierna, tuvo que suspender su marcha en Riobamba y Guaranda (8). Entre tanto los guayaquileños, bajo las órdenes del General Elizalde, salieron á atacar á Otamendi, que había formado un fuerte bien parapetado en la casa de la hacienda de la Elvira, propia del General Flores. El 3 de mayo tuvieron el primer encuentro, y á pesar del esforzado valor de

los guayaquileños y de los prodigios de valor que se vieron en aquel día, no pudieron triunfar por las ventajas que proporcionaba el fuerte á las tropas del Gobierno: tuvieron los guayaquileños que retirarse, dejando el campo cubierto de cadáveres. Sabedor el General Flores de esta acción, y suponiendo que Otamendi habría quedado debil y que no podría dirigir otro combate, por haber salido herido en una pierna, voló á Babahoyo y llegó á la Elvira la noche del 9 del mismo mes: el 10 se presentaron nuevamente los guayaquileños, que por agua y tierra atacaron con más valor y resolución, destrozaron la casa, mataron mucha gente, y no pudiendo sacar las ventajas que deseaban, se retiraron otra vez á Guayaquil.

Aunque Flores figuraba aquellas dos retiradas como otros tantos triunfos, las cosas andaban muy mal por las espaldas. Mientras todo esto sucedía en Babahoyo, en Tulcán se levantó un cuerpo de buena gente y bien armada contra el Gobierno. El Sr. Valdivieso, que quedó Encargado del Ejecutivo en la capital, se vió en la necesidad de mandar la mitad de un regimiento que hacía la guarnición en la provincia de Imbabura, cuyos pueblos habían manifestado una opinión decidida contra el Gobierno; éstos luego que se vieron libres de aquella fuerza, empezaron á conmovirse, fué preciso que desmembrando la guarnición de la capital, mandara una columna á guarnecer Ibarra. Como con este motivo se disminuyó la de la capital, ésta y los pueblos circunvecinos empezaron también á conmovirse: en Máchachi se formó un cuerpo volante que cortó las comunicaciones con el General Flores; en Tabacundo, Perucho y Cayambe se reunía gente, armas, municiones y toda clase de elementos de guerra, bajo la dirección del General José María Guerrero, dejando también cortada la comunicación con los pueblos del Sur, de modo que el Gobierno no podía saber nada, ni del General Flores ni de las dos divisiones que habían marchado á Tulcán y á Ibarra. Cuenca se había pronunciado también, y las tropas que mandaron de Riobamba para contenerlo, se pasaron con el jefe que las mandaba; de suerte que se puede decir que hasta los elementos conspiraban contra aquel Gobierno.

En estos conflictos, resolvió el Gobierno abandonar la capital y retirarse con las tropas que le habían quedado á Latacunga, lugar abundante de víveres y que pro-

porcionaba la comunicación con Riobamba y Babahoyo.

Reducido el General Flores á una pequeña división, en la mayor parte compuesta de heridos y enfermos de disentería y fiebre amarilla, sin noticias del Gobierno ni de las tropas que en diversos puntos obraban en el interior, y sabedor de que la opinión se había generalizado, y que los pueblos sucesivamente iban pronunciando su voluntad para sacudirse de aquel Gobierno, convencido de que su persona, y únicamente su persona, era la causa de la conmoción universal y de tanto desastre, adoptó el partido más prudente en tales circunstancias: propuso al Gobierno Provisional capitulaciones, que fueron aceptadas y ratificadas, bajo la principal condición de que el General Flores saliera del país por dos años, y de que la fuerza armada se pusiese á disposición del Gobierno Provisional; para que el país pudiese constituirse libremente, dió las órdenes convenientes para la entrega de las armas y se embarcó inmediatamente para Europa.

Mientras esto sucedía en Babahoyo, el Sr. Valdivieso había arribado á Latacunga, después de haberse reunido las divisiones que estaban en Ibarra y Tulcán, con las que aumentó su fuerza á más de 600 hombres, con que pudo sostenerse por algún tiempo; mas informado de que el General Flores no existía ya en el país, que Ibarra, Otavalo y los demás pueblos habían hecho sus actas desconociendo la administración del General Flores, sometiéndose ciegamente al Gobierno Provisional de Guayaquil, y últimamente que la capital había hecho su pronunciamiento el 10 de junio y que había sido acupada el 24 por una fuerza bien organizada por el General Guerrero, elegido por los pueblos Jefe civil y militar de estas provincias, propuso también capitulaciones, y como no consiguió todas las garantías que pidió de las autoridades de Quito, se acogió más bien á las que había celebrado el General Flores en la Virginia y se entendió con el Gobierno Provisional, con lo que quedó disuelta aquella fuerza y destruída en el todo la administración que tanto había disgustado á los pueblos.

Séame permitido emplear algunos renglones en elogios de la capital. Con la inmigración del Gobierno quedó el pueblo de Quito sin una autoridad, juez ni guarnición que pudiese contener los excesos de la anarquía que se temía, en circunstancias de estar dividido en dos par-

tidos acalorados, resentidos y llenos de venganza; se suponía que en este estado de afección, las pasiones exaltadas podrían ejercer sin obstáculo todos los rigores de su furor, y que se experimentarían desastres de todas clases; pero ¿quién lo creyera? jamás se ha visto más quietud, más calma, más urbanidad, más seguridad individual, más moralidad, más virtud, y por decirlo todo, más regularidad y buen comportamiento de todos en general, y en cada uno en particular; se tenía por un delito que alguno hablase siquiera en voz alta. Ocho días se conservó así, hasta que entró la división libertadora con el General Guerrero; entonces sí que desplegó el pueblo todo el contento y alegría que estaba oculto en sus corazones; jamás se ha visto mayor entusiasmo, ni una entrada militar más suntuosa. A porfía hombres y mujeres procuraban hacer manifestaciones de placer al entrar en el goce de su libertad.

Consecuente con las capitulaciones de la Virginia, salió el General Otamendi á Riobamba en donde quiso curarse de su herida. El Gobierno Provisional dió orden para que marchase al Macará, acompañado de una escolta: ésta en Alausí recibió nueva orden para que lo condujera á Guayaquil por Yaguachi; en el camino fué fusilado, porque trató de seducir á la escolta, según el parte del Oficial que la comandaba; sea lo que fuere, él pagó debidamente sus crímenes, particularmente la horrible traición que hizo en Guayaquil. Se comprometió formalmente para hacer la guerra al General Flores, coadyuvó á la revolución, intervino en sus planes, y aún recibió la gratificación de doce mil pesos; salió á la Bodega y en lugar de cumplir con lo que había ofrecido, hizo la guerra más cruel á los guayaquileños, causando innumerables males á la Patria y quitándole tantos hijos con o se perdieron en los dos combates, que por su infidelidad tuvieron lugar en los días 1.^o y 10 de mayo.

Libre el Ecuador del influjo de Flores y sus agentes, empezó el Gobierno Provisional á dar sus disposiciones para establecer un nuevo Gobierno, conforme á la voluntad de los pueblos. Licenció en la mayor parte la fuerza del anterior Gobierno, disolvió la que se había creado para derrocarla, y en fin, en 11 de junio expidió el decreto convocando á una Convención ó Congreso general, que se reunió en la ciudad de Cuenca el 10 de octubre, insta-

lado por el Gobierno Provisional que pasó á dicha ciudad con este objeto, conforme al decreto reglamentario de elecciones.

La Convención anuló los tratados hechos con el General Flores, expidió una ley para que mientras se hacía la Constitución y se elegía Presidente, ejerciesen el Poder Ejecutivo los mismos tres Sres. que compusieron el Gobierno Provisional. Estos dieron disposiciones relativas á conservar el orden, y entre ellas, mandaron sacar del país á algunos militares y otras personas que habían pertenecido á la administración pasada; nombraron para los destinos provisionalmente personas de confianza; dieron varios decretos relativos á la hacienda pública, y al fin, mientras la Convención se ocupaba de los trabajos anexos á su misión, ellos se ocuparon en dar disposiciones para aprestar un ejército que contuviese la invasión que amenazaba la Nueva Granada, cuya guerra tenía por origen que la Convención se negaba á dar un decreto de proscripción contra el General José María Obando, emigrado en Lima. El Cónsul de aquel Gobierno, Cárdenas, lo exigió imperiosamente, y á pesar de que obtuvo contestaciones satisfactorias, se dió por ofendido, pidió su pasaporte en el mes de noviembre, declarando rotas las relaciones de amistad entre las dos repúblicas vecinas.

Se dijo entonces que varias personas de las que habían pertenecido á la administración pasada, estaban influyendo en la Nueva Granada para este rompimiento escandaloso por un motivo tan efímero. A su consecuencia, la Convención facultó al Gobierno Provisional, quien entre varias resoluciones relativas dispuso el confinio á Cuenca, Loja y otros puntos del Sur, á los Sres. José Félix Valdivieso, Pedro José de Arteta y José María Pérez Calisto. El primero marchó inmediatamente hasta Piura y los dos se quedaron porque consiguieron la revocación de aquel decreto. Dispuso asimismo que marchara en comisión á Pasto el Sr. Manuel Gómez de la Torre, para que tratara con el General granadino Herrán, que estaba á la cabeza de la fuerza que había mandado aquel Gobierno.